ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

PERO-GIL

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON MARIANO CAPDEPÓN

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO.
1889

PERO·GIL

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN VERSO

El hijo del Sacristán, leyenda.
Recuerdos poéticos, colección de leyendas.
¡Una musa por mujer! zarzuela en un acto.
Travesuras amorosas, zarzuela en dos actos.
El Comunero, drama en un acto.
Dramas líricos, tres tomos.
Una venganza, drama lírico en tres actos.
Roger de Flor, ídem ídem.
Mitrídates, ídem ídem.
El Príncipe de Viana, ídem ídem.
Amor y gloria, romances históricos y caballerescos (segunda edición).
El Corsario, poema en tres cantos.

EN PROSA

Historias de amores, (novelas cortas.)
Tempestades del alma, novela.

EN PRENSA

Un desdichado, novela.

PERO-GIL

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON MARIANO CAPDEPÓN

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL el día 20 de Febrero de 1889.

MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, 1.
1889

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA	Srta. Calderón.
MARÍA	Sra. Guillén de Rivelles
PERO-GIL	Señor Calvo (D. Ricardo).
DON GUILLÉN	» Vico.
EL REY	» Jiménez,
GASTÓN	» Rivelles.
BELTRÁN	» Sánchez.

Caballeros, soldados, acompañamiento.

La escena en Úbeda, en el palacio de Blanca. Siglo XIV.

A LA MEMORIA

DEL EXCMO. SR. BRIGADIER

D. VICTORIANO DE LA TORRE Y VILLAR

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salón lujosamente amueblado con puerta al fondo, que comunica con el exterior; á la derecha del actor en primer término, un balcón y en el segundo una puerta: á la izquierda otras dos puertas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA.—DON GUILLÉN.

BLANCA. Inútil es, don Guillén,
vuestro empeño; si os he dicho
que no os puedo amar, que nunca
mereceréis mi cariño,
¿á qué venís á mi casa?
¿qué me quereis?

GUILLÉN. Mi albedrío,
sabeis, Blanca, que no es libre,
que soy del amor cautivo.
Tres años hace que os amo,
tres años hace que gimo
desdenes que no merezco...

BLANCA. ¡Olvidadme! (Con disgusto.)

GUILLÉN. No he podido:
y esta llama abrasadora,
que devora el pecho mío,
con el viento de los celos
en volcán se ha convertido.

BLANCA. ¿Celos?

GUILLÉN. Sí, celos atroces...
(Mal mi cólera reprimo.)
Todo lo sé, sé que amáis
A Pero-Gil, mi enemigo.

BLANCA. ¿Pero-Gil? os engañaron.

GUILLÉN. No me engañaron, le han visto.
En contínuas correrías,
como bizarro caudillo,
los campos de Ubeda tala
y penetra en su recinto,
hasta que yo en ruda lid
le rechazo con los míos.
Fiel soldado de don Pedro,
el tirano vengativo
de Castilla, por él tiene
ese próximo castillo;
mientras yo, señor de Ubeda,
el bando de Enrique sigo.
En paz no me deja un día
con sus rebatos contínuos;
los muros de Ubeda asalta
con sus gentes, no movido
de su lealtad á don Pedro,
más de su amor. A este sitio
logró alguna vez llegar,
menospreciando el peligro
de su vida, y vos, la noble,
la altiva dama, admitirlo
pudísteis sin que el honor...

BLANCA. Basta, Guillén, no he de oiros.
Es verdad cuanto decís.
Afecto casto, purísimo,
supo inspirar á mi pecho
Pero-Gil, vuestro enemigo.
Oidlo bien: le adoro, sí;
único amor que ha sentido
mi corazón, grande, noble,
inextinguible cariño,
que todo mi sér inunda
de esperanza y regocijo.

GUILLÉN. Quizá en lágrimas se trueque.

BLANCA. ¿Por qué, si es correspondido?
¿Si pronto seré su esposa?
GUILLÉN. ¡Jamás! (Resuelto.)
BLANCA. ¿Quién puede impedirlo?
GUILLÉN. Yo, Blanca. Si habéis pensado
que presenciaré tranquilo
de mi rival la ventura,
y que este tormento inicuo
de los celos, que destroza
el amante pecho mío,
ha de quedar sin venganza,
os engañáis. Decidido
estoy á todo, ó sois mía
ó temed.
BLANCA. Vuestros designios
no temo, ni vuestra cólera:
mi desprecio es su castigo.
GUILLÉN. Blanca, ¡por última vez!
Pensad que este pecho altivo,
que solo á su Dios se humilla,
está á vuestros piés sumiso:
que, olvidado de mi fiera
condición, á vos me rindo
y os demando una mirada
de esos ojos peregrinos,
que serene la tormenta
que ruge en el pecho mio,
que ilumine de mi alma
los tenebrosos abismos.
Blanca, por última vez,
por última vez suplico
compasión.
BLANCA. (Con desdén.)
Amo á otro hombre,
por última vez os digo.
GUILLÉN. ¡Ah! despertáis al león
que está á vuestros piés dormido,
aletargado al influjo
letal de vuestros hechizos...
¿No teméis que al despertar
irritado y vengativo,
sin piedad haga pedazos

la mano que así le ha herido?
¡Temblad, Blanca!

BLANCA. No.

GUILLÉN. ¿Quién puede
oponerse á mis designios?
¿No estáis, Blanca, en mi poder?
Y vuestro amante atrevido,
cuando triunfe don Enrique,
¿dónde irá?

BLANCA. Mas si el legítimo
rey triunfare, si don Pedro
vence en la lid decidido,
¿dónde vos, señor de Ubeda,
podréis hallar un asilo?

GUILLÉN. No vencerá ese tirano,
cuyo execrable dominio
todos los nobles detestan.

BLANCA. Amale el pueblo sencillo.

GUILLÉN. Es cruel.

BLANCA. Es justiciero,
y Dios no querrá que el hijo
de una adúltera pasión,
un bastardo, manche el brillo
del trono.

GUILLÉN. No: don Enrique
tiene á los cielos propicios.

BLANCA. Quizás antes que pensáis
se cumplan mis vaticinios.

ESCENA II.

DICHOS y BELTRÁN, por el fondo en traje de camino.

BELT. ¿Señor?

GUILLÉN. ¿Qué ocurre?

BELT. Aunque lejos,
gran golpe de gente he visto,
y aseguran que es don Pedro,
que se acerca.

BLANCA. ¿Habéis oído?
Defended vuestra ciudad
y olvidad los amoríos.

(Vase Blanca por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

DON GUILLÉN.—BELTRÁN.

GUILLÉN. ¡Ah! ¡comprendo su altivez!
Ella noticia tenía
de que don Pedro venía...
¡Y por su amante tal vez!

BELT. Señor, dad tregua al amor
y á lo que importa acudid:
vuestros vasallos reunid
para lidiar con valor.
Pensad que en esta partida
vencer ó morir os resta.

GUILLÉN. A quien la vida detesta,
¿qué le importará la vida?
Si la detesto, Beltrán:
tres años hace que vivo
de esta belleza cautivo,
y ella desprecia mi afán.
Y yo, que no consentí
contrastar mi voluntad,
que, dentro de mi ciudad,
ni á mi rey obedecí,
¿podré tolerar en calma
este desprecio insultante?
¿que mi enemigo, su amante,
logre el amor de su alma?
No, Beltrán; antes el cielo
se juntará con la tierra!
Ira atroz mi pecho encierra.
¡Y ella vive sin recelo!
¡é insensata me ofendió!
Quizás antes que amanezca,
también la vida aborrezca,
tanto, Beltrán, como yo.

BELT. ¿Qué decís?

GUILLÉN. (Viendo salir por el fondo á María, que traerá un pergamino en la mano.)

¡Calla!

(Beltrán, á una seña de don Guillén, se retira.)

ESCENA IV.

DON GUILLÉN.—MARÍA.

MARIA. (Al salir.) Señora?...
Mas no está aquí... Perdonad...
GUILLÉN. Detente y escucha.
MARIA. Hablad.
GUILLÉN. Felíz quiero hacerte, Sora.
MARIA. Señor, mi nombre es María;
soy cristiana.
GUILLÉN. Ya lo sé:
abandonaste tu fe
y tu patria el mismo día.
MARIA. Es verdad.
GUILLÉN. Pero perdiste
tu libertad.
MARIA. La perdí.
GUILLÉN. ¿Quieres ser libre?
MARIA. ¡Ay de mí!
¡Libre! (Con indiferencia.)
GUILLÉN. Tu semblante triste
me dice que sufres.
MARIA. (Con amargura.) ¡Oh!
Honda pena me devora.
GUILLÉN. Pues yo puedo, bella Sora,
hacerte dichosa.
MARIA. No;
no, don Guillén, no podéis:
en vuestra mano no está.
GUILLÉN. Escúchame, que quizá
te engañas.
MARIA. ¿Qué me queréis?
GUILLÉN. ¿Has amado?
MARIA. Sí.
GUILLÉN. ¿Conoces
los celos?
MARIA. (Con angustia.) ¡Ay, no lo sé!
Alguna vez sospeché

que eran tormentos atroces.
Alguna vez, al pensar
que quizás otra mujer
logra en sus brazos tener
al que así me hace llorar,
sentí mortales desvelos
en mi corazón, sentí
una rabia, un frenesí
feroz.

GUILLÉN. Así son los celos.

MARIA. Mas luego pensé, señor,
que sin causa me aflijía,
y trocóse mi agonía
en dulce llanto de amor.

GUILLÉN. ¡Feliz tú! Sin esperanza
yo sufro dolor profundo;
sin más consuelo en el mundo
que el placer de la venganza.—
Escucha: en tu mano está
mi venganza.

MARIA ¿En mí, señor?

GUILLÉN. Lo que me niega el amor
la violencia me dará.

MARIA. ¿Qué decis? (Sorprendida.)

GUILLÉN. Poco te pido
y mucho te pagaré:
yo rica y libre te haré;
rica y libre, ¿has comprendido?
En cambio, tan solo quiero
que esta noche...

MARIA. (Con asombro.) ¡Qué!

GUILLÉN. Esa puerta
encuentre al llegar, abierta...

MARIA. (Indignada.)
¡Ah!... ¡y os llamáis caballero!

GUILLÉN. Esclava, la lengua ten
y responde. Libertad
y oro por...

MARIA. Una maldad;
¿soy una infame también?

GUILLÉN. Calla y piénsalo, María.
A media noche vendré

y á esa puerta llamaré;
si la abres, antes que el día
ilumine á los humanos,
la recompensa tendrás.
Adiós y elige. (Vase por el fondo.)

·ESCENA V.

MARIA, sola.

Jamás! (Con indignación.)
¡Y son así los cristianos!...
Mas, si aquel rudo tormento, (Transición.)
Que yo un tiempo adiviné,
sufre, comprendo que esté
de atroz venganza sediento.

ESCENA VI.

BLANCA.—MARÍA.

MARIA. Señora, há poco este escrito
me ha entregado un mensajero.
(Entregándole un pergamino.)
BLANCA. ¿Y espera?
MARIA. Partió veloz.
BLANCA. ¡De mi padre!... ¡Santo cielo!
(Después de leerlo rápidamente.)
¡cómo derramas en mí
la ventura y el contento!
MARIA. Grata nueva os han traido.
BLANCA. Mi padre, que por don Pedro
combate como leal,
como honrado caballero,
en este escrito me avisa
que mañana es el tremendo
asalto; que esté segura
del triunfo...—Sí, lo presiento,
me lo anuncia el corazón
con sus latidos proféticos...—
Que prevenga para el rey
aquí digno alojamiento,

pues va á honrar nuestra morada,
y que un valiente guerrero
le ha demandado mi mano...—
¿Quién duda que es él?... ¡Ay! temo
que tanta dicha, María,
no quepa en humano pecho.
Tú, que sabes mis amores
nacidos en el misterio,
rodeados de peligros,
de temores y recelos,
comprenderás cuánto gozo
debo sentir, cuando pienso
que mañana, sí, mañana
se acabará mi tormento...—
Pero no, si no has amado,
¿cómo este placer inmenso
comprenderás?

MARIA. (Con melancolía) ¡Ay, señora!
¡También amé!

BLANCA. ¿Tú?

MARIA. Los cielos
á vos os colman de dicha,
á mí, de penas sin cuento.—
Feliz vivía en Granada
con mi madre, cuyo afecto
fué el encanto y la delicia
de mis abriles risueños,
cuando á mi patria llegaron
castellanos caballeros,
de su rey embajadores.
Iba entre ellos un mancebo
que, al pasar, fijó en mi rostro
una mirada de fuego...
¿Qué poder? ¿qué fuerza oculta?
¿qué ponzoñoso veneno
aquella mirada tuvo,
que así turbó mi sosiego?
¿Por qué se llenó mi alma
de luz y sombras á un tiempo?
¿de amargo y triste placer?
¿de alegre y dulce tormento?
Que aquel ignorado afán—

¡inexplicable misterio!—
compendia y resume en sí
placer y dolor inmensos,
las torturas infernales
y la dicha de los cielos.

BLANCA. Ese es el amor.

MARIA. Sí... ese:
amor ardiente, frenético,
única flor que ha nacido
de mi vida en el desierto.

BLANCA. Y el caballero cristiano
que inspiró tu amor primero,
¿te amó?

MARIA. Me amó. Dulces trovas,
interrumpiendo el silencio
nocturno, al pié de mis rejas,
cantaba amoroso y tierno...
Le escuché; y aquella voz,
aquel dulcísimo acento,
traidoramente llegaron
hasta el fondo de mi pecho.
En mi jardín una noche
le ví, le hablé y aún recuerdo
sus promesas cariñosas,
sus amantes juramentos.—
¿Cómo olvidarlos podría,
si mi única dicha fueron?—
Por desgracia, pronto huyó
aquel venturoso tiempo:
á Castilla se tornaron
los cristianos caballeros,
separéme de mi amante,
mas no de mi amor funesto.

BLANCA. ¿Por qué lo llamas así?

MARIA. Fatales presentimientos
me hacen temer que el ingrato
olvide mi amor inmenso.

BLANCA. Si te amaba...

MARIA. Sí, me amaba,
sus labios no me mintieron.
¡Ah! me amaba, estoy segura.

BLANCA. Pues el amoroso incendio

no se extingue.

MARIA. ¿No es verdad
que no se extingue? ¿No es cierto
que dura lo que la vida?

BLANCA. No, no es tan perecedero.
Vive más, vive en el alma,
y como el alma es eterno.

MARÍA. En esto, mi madre, Zaida,
doliente estaba en el lecho,
y próximo de su vida
el instante postrimero,
me dijo:—«Sora, hija mía,
»escucha: la muerte siento
»dentro de mí... sola quedas
»sin amparo y sin consuelo
»en este mundo engañoso...
»oye mi postrer consejo...
»No ames jamás: el amor
»será para tí funesto,
»como para mí; yo amé
»y sufrí tanto, que creo
»que víctima de mis penas,
»no de mi dolencia, muero.
»Eres hija de un cristiano;
»busca á tu padre en el reino
»de Castilla, dile, Sora,
»que aunque su olvido me ha muerto,
»al espirar le perdono
»y aborrecerle no puedo.
»Es tu padre...»—é iba á nombrarle
cuando le faltó el aliento.
Y contemplando llorosa
su amado cadáver yerto,
y sus ojos sin mirada,
de sus lábios entreabiertos
me pareció que salía
sobrenatural acento
que repetía... «El amor
será para tí funesto:
no ames nunca!» y mi pasión
se aumentaba al mismo tiempo.

BLANCA. ¿Y tu amante?

MARIA. Nunca más
supe de él. Formé el proyecto
de alejarme de Granada,
donde tan tristes recuerdos
me afligían, y habitar
en un fronterizo pueblo
de que era alcaide un hermano
de mi madre. Allí los cielos
llevaron á vuestro padre
y les dí gracias por ello.
Me cautivó; pero ha sido
tan dulce mi cautiverio
á vuestro lado, señora,
que dichosa me contemplo.
Una esperanza, quizás
ilusión, mentido sueño,
me dice que al fin sabré
á quién la existencia debo,
y que he de hallar á mi amante.

BLANCA. Mucho esperas.

MARIA. Amor tengo.

BLANCA. Ay, Sora, desde que sé
que amas tú, ¡cuánto te quiero!

MARIA. Yo también, señora mía,
fraternal cariño siento
por vos, y quiero advertiros... (Con misterio.)

BLANCA. ¿De qué, María?

MARIA. De un riesgo.

BLANCA. ¿Un riesgo?

MARIA. Sí: don Guillén...

BLANCA. Me habló. (Con desdén.)

MARIA. Que os adora ciego,
abriga infames propósitos...

BLANCA. Sus amenazas desprecio.

MARIA. Me propuso...

BLANCA. ¿Qué?

MARIA. (Después de dudar.) Una infamia.

BLANCA. Si es un vil, mas no le temo.

MARIA. Mas...

(Oyense dos palmadas: movimiento de alegría en Blanca, de sorpresa en María.)

BLANCA. ¡Calla! ¿No has escuchado?

Es la seña.

MARIA. (¿Por qué tiemblo?
Pero no: son ilusiones.)

BLANCA. Retírate á ese aposento,
é impide que alguno llegue
hasta aquí, que aún el secreto
importa.

MARIA. Vive el amor
entre sombras y misterios. (Vase.)

ESCENA VII.

BLANCA.—PERO-GIL, disfrazado de campesino.

PERO-GIL. ¡Blanca amada!

BLANCA. ¡Pedro mío!
(En tono de cariñosa reconvención.)
¡Así la vida arriesgar!

PERO-GIL. Por verte.

BLANCA. ¡Qué desvarío!

PERO GIL. ¿Cómo se detiene el río
cuando camina á la mar?

BLANCA. Mas no es cuerdo el que confía.
Piensa que tu vida es mía.

PERO GIL. ¿Qué? ¿te enojas? considera...

BLANCA. ¡Ah! sí; enojarme quisiera
y... me muero de alegría.
Pero... vete... ¡por favor!
que tu vida se aventura.

PERO-GIL. Desecha todo temor.
El disfraz, la noche oscura
me protegen... y tu amor.

BLANCA. ¡Quiéralo Dios, Pedro amado!
¡Si vieras cuánto he llorado!

PERO-GIL. ¡Tú!

BLANCA. ¡Sin verme tantos días!
¡Qué mortales agonías
mi espíritu han conturbado!

PERO-GIL. El deber de caballero
me tuvo lejos de aquí.

BLANCA. ¡Penoso deber!

PERO-GIL. Primero

como noble y fiel guerrero
á mi señor acudí.

BLANCA. Y en tanto, un vago temor
me afligió. . ¿podrá entibiarse
con la ausencia aquel ardor
amante?

PERO-GIL. Sombra es amor,
que se aumenta al alejarse.

BLANCA. ¡Es verdad!

PERO-GIL. ¿Y esos recelos
que causaron tus desvelos?...

BLANCA. Al verte se disiparon.

PERO GIL. Nunca los hombres amaron
sin sespechas y sin celos.
Sólo nuestro amor exento
se verá de esos temores:
nunca los celos traidores
turbarán, Blanca, el contento
de nuestros castos amores.
Seguro de mi ventura,
y tú de mi fe segura,
resbalará nuestra vida
como por senda florida,
que esmalta fresca verdura.
¿Quién tal ventura logró?
¿Quién pasión tan pura y santa
en el pecho alimentó?
¿Quién tal belleza? ¿quién tanta
felicidad poseyó?
Amor que nunca decrece,
que no se extingue jamás,
ni con la muerte perece...

BLANCA. Cada día que amanece
pienso que te quiero más
¡Ay! ¡con cuánto afán ansío
que llegue la nueva aurora!

PERO-GIL. ¿Sabes?...

BLANCA. Mas pesar impío
me hace temer, Pedro mío,
de ese combate la hora.
¿Cómo puedo tener calma
si en la contienda reñida

arriesgan juntos su vida,
¡un padre! ¡un amante!... el alma
en dos pedazos partida?

PERO-GIL. Esos temores destierra
que turbaron tu alegría:
olvídalos, Blanca mía,
¡cálmate!

BLANCA. ¡Maldita guerra!

PERO-GIL. Y en Dios, como yo, confía.
Tu padre me concedió
tu mano, me prometió
que, si vencemos mañana,
la ventura sobrehumana
á que aspiro, obtendré yo.

BLANCA. Escucha: ¿sabes que ya
nuestro amor es conocido?

PERO-GIL. ¿Qué dices? ¿Quién ha podido?...

BLANCA. Un hombre que ciego está,
de mi desdén ofendido.

PERO GIL. ¿De tu desdén? ¿Por ventura
pretende tu amor?

BLANCA. Y en vano
intimidarme procura,
y me amenaza villano,
en su insensata locura.

PERO-GIL. ¡Su nombre, por vida mía! (Con ira.)
Dí pronto, ¿cómo se llama?

BLANCA. No, Pedro: tú en mí confía;
nadie sabe que me ama,
sino mi esclava María.

PERO-GIL. ¿Y tu amor callar podrá
un secreto que me hiere?

BLANCA. (Con maliciosa ternura.)
Por eso mismo quizá.

PERO-GIL. Es que le detesto ya (Con fuego.)
tan sólo porque te quiere.
Deja que mi brazo fuerte
le alcance para vengarte:
y que pague con su muerte
el delito de quererte
y el crimen de amenazarte.

BLANCA. Tus enojos, Pedro, calma:

y ahuyentando de tu pecho
ese celoso despecho,
que ha penetrado en tu alma,
vive de mí satisfecho.

PERO GIL. ¡Y lo estoy! ¿cómo dudar,
Blanca, de tu amor podría,
sin morir? .. Mas un pesar,
que no me puedo explicar,
vino á turbar mi alegría.

BLANCA. ¿Qué dices? ¿Qué desventura?...

PERO-GIL. No: se ahuyentan mis recelos
ante esa mirada pura,
como huye la sombra oscura
ante la luz de los cielos.

BLANCA. Pedro, es tarde, parte ya.
Nos separamos los dos
por última vez quizá.

PERO GIL. Mañana nos unirá
el amor. ¡Adiós!

BLANCA. ¡Adiós!
Él en el combate fiero
te dé valor y victoria.
El sabe cuánto te quiero.

PERO-GIL. Salir victorioso espero.

BLANCA. Yo espero premiar tu gloria.

(Vase Blanca por la izquierda, Pero Gil se dirige al fondo y se detiene antes de llegar á la puerta.)

ESCENA VIII.

PERO-GIL, solo.

Otro pretende su amor...
¿Quién será?.. ¿por qué me calla
su nombre?... ¿por qué intranquilo
late el pecho, si en mi alma
nunca pudo penetrar
la duda desconfiada?...
Y ahora dudo .. Mas ¿qué digo?
¡Dudar! ofendo á mi Blanca.
La adoran... si es tan hermosa,
¿quién la ve sin adorarla?...

Mas es tanto mi cariño,
es tal de mi amor la llama,
que quisiera ser el único
que su belleza admirara;
que ni la brisa más pura
tocase su frente casta.—
¿Y ha habido un sér miserable
que se atrevió á amenazarla
porque es fiel á mi cariño?
porque su afecto rechaza?
¡y vive! ¡y yo, Pero-Gil,
yo, no castigo su audacia!
No, ¡vive Dios! yo sabré
quién es, y aunque las entrañas
de la tierra le sepulten,
le alcanzará mi venganza.—
¿Y si mi Blanca se obstina
en callar?... Pero su esclava...
su esclava lo sabe... sí...
merece su confianza...
Si hablar pudiera... ¿María? (Llamando.)

ESCENA IX.

PERO GIL —MARÍA.

MARIA. ¿Señor? (Dentro.)
PERO-GIL. Oye una palabra,
escucha, sabes tú...
MARIA. (Al verle.)
¡Pedro! ¡Dios mío!
PERO-GIL. Sora! (Confuso.)
MARIA. Mas... ¿qué sospecha despedaza
mi corazón? .. ¡Tú aquí! tú en este sitio!
¿Qué buscabas? responde, ¿qué buscabas?
PERO-GIL. ¡Sora, infeliz!
MARIA. (Con angustia.) ¿Acaso?...—hablar no puedo...
se turba mi razón... la voz me falta...—
¿Tú acaso?... ¿acaso tú?... ¡Cuánto, Dios mío,
temo saber una verdad amarga!
(Con mucha pasión.)

Dime que no es verdad lo que sospecho;
dime, Pedro querido, que me engañan
mis tristes pensamientos... que no eres
el amante feliz de doña Blanca ..
que aquí viniste, no por ella, Pedro,
sino por mí, por mí, porque me amas.

PERO-GIL. Calla, Sora infeliz, que en mí despiertan
remordimiento horrible tus palabras.

MARIA, (Con amargura.)
¿Qué dices? Y te atreves, fementido,
á arrebatarme mi única esperanza?
Tu amor, tus juramentos, tus promesas,
que turbaron los sueños de mi infancia,
¡fueron una ilusión!... dulce bebida
que ponzoña mortífera ocultaba!
¿Por qué de esta infeliz la paz turbaste?
¿Por qué de amor la inextinguible llama
en su pecho encendiste, y ¡ay! su fuego
alimentaste con promesas falsas?

PERO-GIL. Olvida desvaríos juveniles
que ya pasaron, ilusiones vanas
de la inexperta juventud.

MARIA. ¿Y acaso
la voluntad en los afectos manda?

PERO-GIL. ¡Sora, perdona!... Si olvidé tu afecto,
si tan ingrato he sido, yo pensaba
que era el primer amor cual fuego fátuo,
que, al encenderse, rápido se apaga,
y á otra mujer amé: la amé, que el cielo
unió nuestro destino y nuestras almas,
nacimos para amarnos, nos amamos
con infinito amor.

MARIA. ¡Ah! ¡calla! ¡calla!
¿No comprendes que son al alma mía
acerados puñales tus palabras?

PERO-GIL. Es verdad... sí... conozco tu tormento,
no puedo, sin dolor, mirar tus lágrimas;
mas no me culpes... tú lo has dicho; ¿acaso
la voluntad en los afectos manda?
Huye, Sora infelíz, de estos lugares,
donde tal sufrimiento te depara
tu suerte miserable, y deja al tiempo

de tu fiel corazón curar las llagas...
Yo alcanzaré tu libertad... en tanto
no me maldigas.

MARIA. ¿Y podrás al alma
volver la libertad que le robaste?...
No; nada quiero ya, no espero nada!
¡Parte!... ¡vive felíz!... ¡que mi recuerdo
no turbe tu ventura!

PERO-GIL. ¡Desdichada!
¡Me mata su dolor! (Vase.)

ESCENA X.

MARIA, sola.

(Con profunda amargura.) ¡Oh, madre mía!
¡Cumplióse al fin tu predicción infausta!
(Pausa. Con apasionada melancolía, que, poco á poco, va transformándose en sombría cólera.)
¡Cuán dichosa era há poco! Y me creía,
infelíz... ¡ay!... ¡y el corazón soñaba
amantes dichas, y, engañado... y ciego,
alimentaba dulces esperanzas!...
¡Ingrato!... cuando yo, sin más ventura
que su recuerdo, ansiosa le buscaba,
conservando en mi pecho su cariño,
único bien de mi existencia amarga;
mientras que bendecía á cada instante
la hora... funesta, sí; la hora nefanda
en que al perjuro, por la vez primera,
ví de mi vida en la felíz mañana;
él olvidaba tanto amor aleve,
y de otro amor la maldecida llama
su infame corazón arder sentía,
y por otra mujer me abandonaba...
Y mañana, en sus brazos amorosos,
apurará delicias sobrehumanas,
y será el más felíz de los mortales,
y en tanto yo, la miserable esclava,
devoraré mi oprobio y mi vergüenza,
vertiendo un mar de silenciosas lágrimas...
Y quizás un recuerdo me consagre...

¡un recuerdo no más... pero de lástima!...
(Con furor reconcentrado)
¡No! ¡nunca! que esta rabia, que me ahoga,
caiga sobre el infiel, que así me ultraja:
¡que mi venganza inexorable sea!
¡que destruya su dicha!... Mas, ¡cuitada!
¿qué ha de poder mi cólera impotente?
¿mi impotente furor?... Mas... ¡cielos! llaman...
(Llaman a la puerta.)
¡Ah!... ¡don Guillén!... él puede... ¡No, Dios
[mío!
¡Pensamiento infernal, de mí te aparta!
Yo no soy una infame... soy tan solo
una infeliz mujer... Pero, quien causa
mi tremendo infortunio ¿ha de gozarse
en mi angustia mortal?... tranquila, impávida,
¿he de mirar su dicha, que es mi muerte,
mientras de mí se burla el que me mata?
(Llaman otra vez.)
¡No! jamás!
(Da algunos pasos hácia la puerta y se detiene)
¿Por qué tiemblo?... ¡y ella duerme!
¡y sueña acaso como yo soñaba!
¡y mañana en los brazos del perjuro
sus dulces sueños realizar aguarda!...
¡Basta de compasión!... ¡sufra el impío!
(Abriendo la puerta después de un momento de vacilación.)
¡Entrad! entrad! señor!... ¡La voz me falta!

ESCENA XI.

MARÍA.—DON GUILLÉN.

GUILLÉN. Toma, esclava. (Dándole un bolsillo.)
MARIA. (Con acento terrible.)
Señor, no, no es vuestro oro
quien os abre la puerta: es mi venganza.
(Arrojando el bolsillo. Telón muy rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA.—MARÍA.

Al levantarse el telón aparecen Blanca en actitud profundamente melancólica y María asomada al balcón, como siguiendo con interés las vicisitudes del combate, que se supone está terminando. Oyense voces y el rumor lejano de la pelea, que poco á poco va disminuyendo.

MARIA. Ya se extingue del combate
el temeroso fragor;
comprendo, señora mía,
vuestra profunda aflicción,
en este instante de duda,
de ansiedad.
VOZ DENTRO. ¡Viva!
BLANCA. Esa voz...
¿Es un grito de alegría,
ó un gemido de dolor?
MARIA. Vuestro padre y vuestro amante
combatiendo juntos...
BLANCA. ¡Oh!

¿Quién podrá saber la suerte
que el destino les marcó?
¡Pobre padre!... ¡amado Pedro!

MARIA. Confiad en el Señor..

BLANCA. ¡Que no pueda el pecho mío
servir de escudo á los dos!

MARIA. Su existencia está en peligro;
en el combate feroz,
que don Guillén la ciudad
defiende como un león;
mas... vencerán los leales,
vencerán: no querrá Dios
cubrir de luto funesto
vuestro amante corazón.
Desterrad esa tristeza:
pensad que pronto el amor
premiará vuestros afanes,
que quizás corre veloz
es este momento mismo
vuestro amante vencedor
á buscar en vuestros brazos
el premio de su pasión.

BLANCA. ¡Ay!

MARIA. Que acaba para siempre
la ausencia que os afligió,
y una existencia os aguarda
de amantes delicias...

BLANCA. (Con angustia.) ¡No!
Calla!... calla!... tú no sabes
cuán acerbo es mi dolor!

MARIA. ¿Qué decís?

BLANCA. Dime... esta noche...
(Aparte.)
(Que no sepa mi baldón!)
Déjame.

MARIA. (Por qué su pena
me da este gozo feróz?) (Vase.)

ESCENA II.

BLANCA, sola.

Vergüenza y deshonor!.. vida afrentosa!
Contínua muerte que el dolor no acaba!

Más... ¿cómo don Guillén?... ¿quizá alevosa
me hizo traición la esclava?—
¡La calumnio!... Ella misma
me advirtió del peligro .. sí, yo ciega
desoí su consejo... mas quién llega?

ESCENA III.

BLANCA.—PERO-GIL por el fondo.

PERO GIL. ¡Blanca!

BLANCA. ¡Pedro!... ¡Señor!

PERO-GIL. ¡Mi Blanca amada!
Cese ya tu aflicción, cesen tus penas.
(Señalando al balcón.)
Mira... ya mi bandera está clavada
de la ciudad rebelde en las almenas:
y don Pedro, el monarca justiciero
penetra vencedor... Yo venturoso
soy de la alegre nueva mensajero
y de los hombres soy el más dichoso.
¿No es verdad? (Con ternura.)

BLANCA. (¡Cielos!)

PERO-GIL. Sí: yo que he logrado
tu afecto merecer... ¿qué mayor gloria?

BLANCA. ¿Y mi padre?

PERO-GIL. Lidió como esforzado
á su valor se debe la victoria.
Alta prez mereció: su honra se aumenta
de esta jornada en el sangriento estrago.

BLANCA (Ah! cuando sepa el mísero la afrenta
que le depara mi destino aciago!)

PERO-GIL. (Con dolorosa sorpresa.)
¿Qué dices? ¿por qué lloras? ¿cómo amante
no me tiendes los brazos cariñosa?

BLANCA. (¡Oh! tormento cruel!)

PERO-GIL. ¿Por qué anhelante
de mí te apartas con la faz llorosa?
Cuando, loco de amor, mil parabienes
esperaba de tí, mi Blanca amada,
no tienes para mí, dime, no tienes
una frase de amor... una mirada?...

¡Y callas! ¡y suspiras!... ¡Triste llanto
el brillo empaña de tus bellos ojos!
¿Quién causa tus enojos?
¿Quién, Blanca mía, tu mortal quebranto?
en esa frente pura
¿por qué no resplandece la alegría,
si ya de la ventura
luce sin nubes el sereno día?

BLANCA ¡Pedro amado! (Con apasionada ternura.)

PERO-GIL. ¡Mi bien! ¡mi amor! destierra
ese pesar impío,
ese pesar extraño, que me aterra.

BLANCA. No sabes tú, no sabes, Pedro mío,
cuánto dolor mi corazón encierra.

PERO-GIL. ¿Qué dices? ¡habla!

BLANCA. ¡No!

PERO GIL. ¡Cómo! ¿á tu amante
ocultas un secreto?

BLANCA. Sí, terrible.

PERO GIL. ¿No merece saber mi fe constante,
mi amor?...

BLANCA. ¡Ya nuestro amor es imposible!

PERO-GIL. Responde ¡por piedad!

BLANCA. ¡Pedro!

PERO GIL. ¿Quién puede
oponerse á un amor, que es nuestra vida?

BLANCA. Mi desventura en el silencio quede,
no la quieras saber...

PERO-GIL. (Dudando.) Tú, fementida..
¿Acaso otra pasión guarda tu pecho?
En mi ausencia quizás?...

BLANCA. (Con energía.) El alma mía
solo sintió un amor, que la enajena,
como hay un sol para alumbrar el día,
como hay un Dios que el Universo llena.
Pero implacable el hado
á eterna desventura me condena,
¡y dudas de mi amor! ¡no me has amado!

PERO-GIL. ¡Oh! ¡no dudo! perdóname, perdona
á este infeliz! ¿Cómo dudar pòdría
de tan sincero amor, tan casto anhelo?
¿Se duda acaso de la luz del día

cuando el sol brilla en la mitad del cielo?
Pero me hizo temer la angustia amarga
que se refleja en tu mirada triste,
ese pesar que el ánimo te embarga,
ese fiero dolor, mortal, profundo...

BLANCA. ¡Ah! si, ¡mortal! mortal! tú lo dijiste.
¡No hay esperanza para mí en el mundo!

PERO-GIL. No, Blanca, no: seremos venturosos.

BLANCA. ¡Jamás!

PERO-GIL. Revela ese secreto impío.

BLANCA. Nunca tú lo sabrás: desdicha tanta
no sabe pronunciar el labio mío,
le faltara la voz á mi garganta.
Huye lejos de aquí: nunca mis ojos
te vuelvan á encontrar en mi camino;
olvídate de mí .. tu amor olvida...
¡ya tu Blanca murió! Fatal destino
se opuso á nuestro amor. . era mi sino
perder á impulsos del dolor la vida.

PERO-GIL. Por nuestro amor, explica...

BLANCA. ¡Pedro amado,
ni una palabra más!

PERO-GIL. Pero. .

BLANCA. ¡Imposible!
Adiós! (Se dirige á la puerta.)

PERO-GIL. ¡Habla!

BLANCA. (Sollozando.) ¡No puedo! (Vase.)

PERO-GIL. (Con desesperación) ¡Desdichado!
¿Por qué no he muerto en el combate horrible?
(Pausa.)

ESCENA IV.

PERO-GIL, solo.

Con el semblante lloroso
se aparta de mí... ¡Dios mío!
Adivino en su desvío
un misterio pavoroso.
Ayer gozosa, hoy sombría
¿por qué tan pronta mudanza?
¿Por qué mata mi esperanza?

¿Por qué me rechaza impía?
¡Ah! contemplo con espanto
un abismo de amargura:
tan cerca de la ventura
¿puede haber martirio tanto?
¿Qué motiva su aflicción?
Si otro amor... ¡Ah! qué sospecha,
como envenenada flecha,
me traspasa el corazón...
¡Yo celos! ¡yo sospechar
de aquél ángel de los cielos!
¡Callad, villanos recelos!
¡No me acabeis de matar!—
¡Ella infiel! ¡ah! desvaría
mi razón... Mas ¿por qué llora?
¿Qué pena devoradora
trocó en dolor su alegría?
¿Por qué la causa me oculta
de su afán desesperado
y en un piélago agitado
de sospechas me sepulta?...—
¡Cielos, que veis mi dolor!
sostenedme, dadme aliento
por piedad, que es mi tormento
aún mas grande que mi amor.
Por una senda de abrojos
camino en la oscuridad;
¡dadme un rayo de verdad,
aunque me queme los ojos!

(Sale María y contemplando á Pero-Gil con feróz satisfacción, se va acercando á él, sin ser vista hasta que lo indica el diálogo.)

Calmad la hoguera encendida
del volcán en que me abraso...
¿Se puede olvidar acaso?

ESCENA V.

DICHO.—MARIA.

MARIA. Algunas veces se olvida.
PERO-GIL. ¿Quién responde? ¡Sora!

MARIA. (Con sombría calma.) Yo.
PERO-GIL. ¿Sabes?...
MARIA. Tú me has enseñado;
que amaste, que has olvidado,
que puede olvidarse...
PERO-GIL. (Confundido.) ¡Oh!...
MARIA. (Con sarcasmo.)
¿Por qué te afliges? ¿por qué?
Tú amado, tú victorioso, (Con ironía.)
que vas á ser el esposo
de tu *fiel* Blanca...
PERO-GIL. (Dudando.) No sé...
MARIA. Quizá causa tu pesar
recordar tu alevosía;
que una mujer te quería
tanto cual se puede amar;
que olvidaste en un momento
aquel amor... ¡lo olvidaste!...
¿Alguna vez no escuchaste
la voz del remordimiento?
¿Nunca cruzó por tu mente
un pensamiento cruel?
Blanca puede ser infiel
como tú!...
PERO-GIL. (Con reprimida cólera.)
¡Cómo! ¡detente!
¡Calla!
MARIA. ¿Qué? ¿tener clemencia
del que mi muerte causó?...
Si aunque no lo diga yo,
te lo dice tu conciencia.
PERO-GIL. No, no es cierto, no es verdad
que yo dudo, ni sospecho,
que de mi Blanca en el pecho
puede caber liviandad.
¡Oh, calla, inmundo reptil!
Si yo de ella sospechara,
el corazón me arrancara
con esa sospecha vil.
¿Qué? ¿no he visto por ventura
fulgurar en su mirada
tierna, dulce, apasionada,

destellos de un alma pura?
Su inocencia y su candor
no he visto, cuando fugaz
sube el rubor á su faz
como un efluvio de amor?
¡En un ángel de bondad
traición! ¡tu mente delira!
Si ese amor fuera mentira
en la tierra no hay verdad.
¡Tanta perfidia en su seno,
bajo aquel rostro divino!...

MARIA. Suele el lago cristalino
ocultar fondo de cieno.
Puede un semblante inocente
ser una máscara odiosa,
y alguna vez piel hermosa
suele tener la serpiente.

PERO-GIL. ¿Qué dices? (Con angustia.)

MARIA. Que yo lloré
tu ingratitud, mi amor ciego,
y mis lágrimas de fuego
en silencio devoré.
Que por extraño camino,
en medio de mi dolor,
he encontrado un vengador
terrible.

PERO-GIL. ¿Quién?

MARIA. El destino.
Ama á tu Blanca en buen hora:
ya tu amor con gozo veo,
ámala: si ya deseo
que de esa mujer traidora
nunca consigas borrar
en tu corazón infame
la imagen.—Cuanto más la ame
será mayor su penar.—
Recuerda con amargura
dichas que amor prometía.

PERO GIL. ¡Ah!

MARIA. Y piensa con agonía
que otro logró tal ventura.

PERO-GIL. ¡Mientes! (Amenazador.)

MARIA. Que vió satisfecho
su deseo..

PERO-GIL. (Dominando apenas la cólera.)
¡Calla! ¡Tente!
No hagas, Sora, que reviente
el volcán que arde en mi pecho.
No hagas que olvide en mi encono
que eres mujer y ofendida.
Si en algo aprecias tu vida,
huye de aquí, te perdono.

MARIA. ¡La vida! (Con desdén.)

PERO-GIL. Sí, presto parte;
sólo tu vista me ofende...
¿No ves que el rayo se enciende
que está pronto á aniquilarte?
Si yo un tiempo te ofendí,
apura en mí tu rigor,
mátame; pero el honor
de Blanca respeta, sí.

MARIA. ¿Matarte? Nunca lo esperes:
la muerte es un dón del cielo;
si la muerte es un consuelo
para el infeliz... ¿Qué quieres?
¿la paz, la perdida calma
hallar en reposo inerte,
y que mitigue la muerte
la tempestad de tu alma?
No; vive para las penas,
para que goce inhumana
al verte. Soy africana
y tengo sangre de hienas.—
Oye: ya que, por tu mal,
tras de tanto padecer,
he logrado al fin tener
esta alegría infernal...
oye: tu Blanca, á deshora
en su estancia recibía
á un galán...

PERO-GIL. (Con angustia.)
¡Cielos!

MARIA. Que huía
antes de nacer la aurora.

PERO-GIL. Por piedad!

MARIA. No, no me implores;
yo lo ví!...

PERO GIL. Tu lengua miente.

MARIA. ¡Si he sido la confidente
de sus impuros amores!

PERO GIL. ¡Calla! .. ¡no!...
(Transición.) Dí. ¿quién es? ¿Quién?

MARIA. Si es mentira, ¿qué te importa?

PERO-GIL. Responde, frases acorta.
¿Quién es? ¿quién es?

MARIA. Don Guillén.

PERO-GIL. ¡Don Guillén! ¡ah! (Anonadado.)

MARIA. Yo juré
guardar secreto piadosa;
pero el dolor, que rebosa
en mi alma, rompió mi fe.
Que al perder toda esperanza
la que una sola tenía,
tu amor, sintió el alma mía
sed de sangre y de venganza.

PERO-GIL. (Como herido de una idea repentina.)
¿Venganza?... Tienes razón...
¿Y te escuché?... ¡Qué demencia!
¿No me dice su inocencia
á voces el corazón?
¡Ah! ya comprendo el engaño
hijo infernal de tu ira...
¿Cómo puede una mentira
hacer tanto... tanto daño?
Sí, ya conozco el ardid:
de la calumnia te vales...
¡Ah!... recelos infernales,
¡salid del alma, salid!
Sacia tu placer de hiena:
tu venganza has conseguido,
que en un instante he sufrido
una eternidad de pena...—
Mas, si la calumnia advierte
el alma, ¿por qué el dolor
no cesa, y en derredor
contemplo sombras de muerte?

¿Qué es este afán? ¡Ay de mí!
¿Por qué tan fiero castigo?

MARIA. Porque el peor enemigo
lo tienes dentro de tí.
¿Preguntas cuál es tu afán?
Ingrato, el remordimiento,
y no puede ahogar su acento
ni el rugir del huracán.
¿Dudas del amor liviano
de tu Blanca? sea en buen hora;
pero dí, si ella te adora,
¿por qué rechaza tu mano?

PERO-GIL. No es posible.

MARIA. Yo lo sé.
Tú lo verás con rubor,
sí, olvidado de tu honor,
aun le ofrecieres tu fé.

PERO GIL. ¡Oh, calla por compasión!

MARIA. Si nunca has de lograr calma.

PERO-GIL. (Con desaliento dejándose caer en un sillón.)
¡Qué tempestad en el alma!
¡Qué infierno en el corazón!

MARIA. ¡Oh, gozo!

ESCENA VI.

DICHOS y GASTÓN por el foro.

GASTÓN. Dí á tu señora (A María.)
que el rey de Castilla llega. (Vase María.)
Mas, ¿vos aquí? ¿Cómo triste,
cuando al júbilo se entregan
todos los fieles vasallos
que por don Pedro pelean?
¿Pero .. ya comprendo... sí,
comprendo la aflicción vuestra;
sabéis la desgracia...

PERO GIL. ¡Cómo!
(Levantándose sorprendido.)

GASTÓN. ¿Mas no sabéis la ocurrencia?

PERO-GIL. No.

GASTÓN. Pero dónde estuvísteis

que no habeis sabido?...

PERO-GIL. Apenas
entramos en la ciudad,
vine aquí.

GASTÓN. Pues la pelea
prosiguió!

PERO-GIL. ¿Qué?

GASTÓN. Don Guillén,
que es valiente, y que sospecha,
no sin razón, que si cae
prisionero, su cabeza
peligra, viendo tomada
la ciudad y que no era
posible escapar, valiente
en su palacio se encierra
con unos cuantos, que quieren
vender cara su existencia.
Sábelo el Rey y el ataque
á don Alonso encomienda...

PERO-GIL. ¿Don Alonso?

GASTÓN. Pues, el padre
de Doña Blanca.

PERO-GIL. ¡Oh, vergüenza!
y en tanto que él combatía
yo aquí... (Vase precipitadamente por el foro.)

GASTÓN. ¡Se marcha! (Sorprendido.)

ESCENA VII.

GASTÓN, BLANCA y MARÍA por la izquierda.

BLANCA. ¿Y su alteza?

GASTÓN. Señora, muy pronto aquí
le veréis... antes me ordena
que os anuncie...

BLANCA. (Con afán.) ¿Comó? ¿qué?

GASTÓN. Que vuestro ánimo prevenga
para recibir ..

BLANCA. ¡Dios santo!
¿Y mi padre?... ¡Qué sospecha!
¡Habladl ¡Hablad!

GASTÓN. Está... herido...

BLANCA. ¡Ah! ¡Quiero verlo!
GASTÓN. (Deteniéndola.) El Rey llega.

ESCENA VIII.

DICHOS, el REY y acompañamiento.

(Aparece el Rey por la puerta del fondo, seguido de varios caballeros y dirigiéndose á ellos, sin ver a Blanca, dice los primeros versos de esta escena.)

REY. Al punto cumplid mis órdenes:
que no quede ni una piedra
de ese palacio y si ciegos
se obstinan en su defensa,
prendedle fuego, y que todos
entre sus llamas perezcan.
(Vanse Gastón y caballeros, quedando solo algunos de éstos con el Rey.)
Vengaré de don Alonso...
BLANCA. ¡Cielos!
REY. La muerte funesta.
BLANCA. ¡Padre mío!
REY. (Viendo á Blanca.)
¡Desdichada!
Mis palabras indiscretas... (Pausa.)
BLANCA. (¡Cuán dichosa fué su suerte!
Murió sin saber su afrenta.)
REY. Bien se me alcanza, señora,
cuál debe ser vuestra pena;
mas si á dolor tan cruel
consuelo existe en la tierra,
lo tendréis. Daré á su muerte
venganza horrible, sangrienta,
grande, como la lealtad
que á vuestro padre debiera.
Cuando expiraba, á su lado
estuve... No quedáis huérfana:
os ampara vuestro Rey...
BLANCA. Vuestra protección excelsa
yo necesito, señor, (Sollozando.)
para...

REY. Llorad: vuestra pena
así se mitigará.
BLANCA. No; ni el llanto me consuela.
REY. ¡Ah! ni el dolor es eterno.
BLANCA. ¡Pluguiese á Dios no lo fuera!
pero hay pesares, señor,
que ni aun el tiempo remedia.
La muerte de los que amamos
es ley de naturaleza,
y del dolor que nos causa
el tiempo al cabo consuela;
mas el pesar que yo siento,
y á vuestras plantas me lleva,
nunca del alma se arranca
si del alma se apodera.
REY. Grave debe ser, señora,
la desdicha que os aqueja;
si de mí pende el remedio,
hablad, que la suerte vuestra
confióme don Alonso,
al morir...
BLANCA. Vuestra grandeza
amparo ha de ser, señor,
de una desdichada huérfana,
que, rendida á vuestras plantas
de vos pide...
(Oyese dentro gritería y ruído de gente armada.)
VOCES. (Dentro.) ¡Muera! ¡muera!
¡Viva el Rey!
REY. Mas, ¿qué tumulto?. .—
Perdonad si á vuestras quejas (A Blanca.)
no presto atención ahora...

ESCENA IX.

DICHOS y GASTÓN.

GASTÓN. Señor, victoria completa.
REY. ¿Rindióse?
GASTÓN. ¡Ya está rendido!
y esta victoria, señor,
también al raro valor

de Pero-Gil se ha debido.
REY. ¡Es valiente!
GASTÓN. Con tesón
en su casa resistía
don Guillén, se defendía,
como en su cueva el león.
REY. Prosigue.
GASTÓN. Fuego se dió
al palacio y, con el viento,
en un instante el violento
incendio se difundió
Llega Pero-Gil y ciego—
tanto la lealtad le excita,—
furioso se precipita
entre aquel horrible fuego.
Nos arrastra su valor:
le seguimos, con trabajo
echamos la puerta abajo,
llenos de bélico ardor.
Entramos en la morada
de don Guillén, y el combate
prosigue, que nada abate
á gente desesperada.
REY. ¡Es verdad!
GASTÓN. Lidiaron bien,
no hubo cobarde ninguno,
y cayeron uno á uno
en torno de don Guillén.
¡Cuadro espantable á fe mía,
que el ánimo contristaba!
solo don Guillén quedaba
y él solo se defendía.
Pero-Gil le acometió;
y del rebelde la espada,
al tirarle una estocada,
hecha pedazos, saltó.
Y Pedro, ciego, sin tino,
iba ya á matarle airado;
mas dijo «Está desarmado
y yo no soy asesino.»
Al mismo tiempo llegaron
algunos, y sorprendieron

á don Guillén, le prendieron
y hácia aquí se encaminaron.

REY. ¿Vive?

GASTÓN. Vive todavía.

REY. Hoy rodará su cabeza
y de esa altiva nobleza
humillaré la osadía.

ESCENA X.

DICHOS.—PERO GIL; después DON GUILLÉN, desarmado, caballeros y soldados.

PERO-GIL ¿Señor?

REY. ¡Pero-Gil!

BLANCA. ¡Dios mío!

REY. Llega, noble caballero,
hoy ha mostrado tu acero
que no en vano en tí confio.
¿Y don Guillén?
(Entra don Guillén entre soldados.)

GUILLÉN. (Con altivez, pero sin arrogancia.)
Aquí está...

BLANCA. ¡Ah! (Con repugnancia.)

GUILLÉN. Vencido, no humillado.

MARIA. (Aparte á Pero-Gil.)
¡Obsérvala!

REY. ¡Desdichado!
¿Una esperanza quizá
alienta tu audacia?

GUILLÉN. No.

REY. ¿No sabes cuál es la suerte
que te espera?

GUILLÉN. Sí, la muerte:
¿Cuándo el noble la temió?—
Aunque en prisiones me veo,
dichosa es la suerte mía,
que muere con alegría
quien realizó su deseo.

MARÍA. (¿Oyes?) (Aparte á Pero-Gil)

PERO-GIL. ¡Calla! (á María) (¡Estoy soñando!)

GUILLÉN. Me aguarda la tumba oscura;

mas envidia mi ventura
alguien que me está escuchando.
Pedro, me das compasión...

PERO GIL. ¡Compasión! (Con reprimida cólera.)
REY. (Con sorpresa.) Yo no me explico...
MARÍA. (¡Dios me venga!)
BLANCA. (A don Guillén.) Yo os suplico...
PERO-GIL. ¡Suplica!
MARÍA. (Aparte á Pero-Gil) (¿Ves su traición?)
PERO-GIL. (¡Oh, calla! (A María.) Si mi lealtad (Al Rey.)
merece un premio, señor,
dejad, dejad, por favor,
á ese vil en libertad.
La espada, que á la traición
vendió, dadle: permitid
que yo pueda en buena lid
arrancarle el corazón.
REY. Te ciega rencor insano:
¿cómo ese duelo ha der ser,
si duelo no puede haber
entre un noble y un villano?
GUILLÉN. ¡Un villano! ¡y esto oí!
¡Herirme de tal manera!
Si yo una espada tuviera, (Furioso.)
no hablárais, don Pedro, así.
REY. Mayor premio tu lealtad (A Pero-Gil.)
merece y tu bizarría.
Ya cumplir mi pecho ansía
la postrera voluntad
del anciano varonil,
que me dijo al expirar:
«Sola mi hija va á quedar;
casadla con Pero Gil.»
GUILLÉN. Sé dichoso. (A Pero Gil con sarcasmo.)
MARÍA. (Aparte á Pero-Gil) (Su traición
verás).
PERO-GIL. ¡Ah!
MARÍA. (Con feroz satisfacción.) (Sufre, ¡villano!)
REY. Recibe con esta mano
de un padre la bendición.

(El Rey intenta entregar á Pero-Gil la mano de Blanca, ésta, en la mayor confusión, se retira.)

Pero-Gil duda; el Rey manifiesta gran sorpresa y María y don Guillén se muestran satisfechos.)

BLANCA. Yo...

PERO-GIL. Vacilo...

BLANCA. (¡Qué tortura!)

REY. ¿Pero qué duda os asalta?...

PERO-GIL. (Con amargura.) (¡Ay de mí! ¡Valor me falta
para ver mi desventura!)
(Aparte, rápido, como reflexionando.)
¿Mas quién sabe? Si celosa
está Blanca .. si María
le contó que pude un día
amarla en la edad dichosa
de la vida... Es cierto... sí...
el corazón lo presiente...
Sombras, que ofuscáis mi mente,
id lejos... lejos de mí! (Transición.)
Esta es mi mano de esposo, (A Blanca.)
la mano de un caballero.

BLANCA. ¡Nunca!

MARIA. (A Pero-Gil.) (¿Ves?)

PERO-GIL. (En tono de reconvención.)
Mal consejero
es un corazón celoso.

BLANCA. ¿Yo celosa? (Con sorpresa.)

PERO GIL. De María.

BLANCA. ¿Tú... la amaste?..

PERO-GIL. ¿Lo ignorabas
y mi mano rechazabas?
¡Cierta es tu traición impía!

BLANCA. ¡Ah! ¡piedad!

REY. (A Pero-Gil.) Prudencia ten
y no excites mi furor.—
¿Qué causa, Blanca?...

PERO-GIL. Señor,
preguntadlo á don Guillén.
El os dirá que liviana,
mientras amor me fingía,
en su estancia le admitía.

BLANCA. ¡Pedro! ¡calumnia villana!
¿Quién fué la lengua traidora
que tal maldad inventó?

Acaso habéis sido... (A Guilléu.)

GUILLÉN. Yo
no sé calumniar, señora.
Si queréis revelaré...

BLANCA. ¡Ah! no, ¡por piedad! (Muy rápido.)

PERO-GIL. ¿Y ruegas
á tu amante? ¿y aun me niegas
que eres infiel?...

BLANCA. Probaré
mi inocencia. Tú, María,
tan vil calumnia desmiente...
Sabes que soy inocente...

MARIA. Yo... no... sé... (Confusa y balbuciente.)

BLANCA. (Como iluminada por una idea repentina.)
¡Sospecha impía!
¡Tú le amabas!... él ahora
lo dijo...

MARIA. (Turbada.) Túvome fe.

BLANCA. ¡Conque era cierto! ¡Ya sé
quién es la calumniadora!
Tú, que de mi honor en mengua
mentira vil has urdido...
¡y un rayo no ha descendido
para abrasarte la lengua!

PERO-GIL. ¡Miserable!

REY. Tu furor
modera...

PERO GIL. Yo...

REY. Por tu bien.

PERO GIL. Casadla con don Guillén,
solo es digna de un traidor.

REY. ¿Olvidas, desventurado,
que la protege tu rey?

PERO-GIL. Yo respeto vuestra ley
como noble y como honrado;
mas si de una criminal
os declaráis protector...

BLANCA. (Suplicante y procurando en vano calmarle.)
¡Pedro!

REY. (Con creciente cólera.)
Teme mi rigor.

PERO-GIL. Dejaré de ser leal.

REY. Harás que traidor te llame.

PERO-GIL. Ese dictado prefiero.

BLANCA. (Asiendo de las manos á Pero-Gil, que la rechaza.)
¡Pedro!

PERO-GIL. (Fuera de sí.)
Que no es caballero
el que protege á una infame.
(Rechazando con energía á Blanca, que cae desmayada en brazos dél rey.)

BLANCA. ¡Ah!

REY. ¡Prendedle! (A los guardias.)

MARIA. (A Pero Gil.) ¡Desgraciado!
cuando esperaba mi amor...

PERO-GIL. (Rechazándola)
¡Aparta! ¡Me das horror!

MARIA. (Con desesperación.)
¡Lo he perdido!

GUILLÉN. ¡Me he vengado!
(Los guardias se llevan á don Guillén y Pero-Gil. El Rey los contempla con aspecto sombrío, sosteniendo en sus brazos á Blanca. María da algunos pasos, como para seguir á Pero-Gil, y queda apoyada en el umbral de la puerta. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

REY.—BLANCA.

REY. Ya escuché vuestra querella,
ya sé toda la verdad.
BLANCA. ¡Soy inocente!
REY. Señora,
no lo he dudado jamás,
que en quien tuvo noble padre
no puede haber liviandad.
BLANCA. ¡Padre mío!
REY. La esperanza
no debéis abandonar.
BLANCA. ¡La esperanza de morir!
¡Muerte! ¡Muerte! ¿Dónde estás?
REY. Dad tregua al fiero dolor
que os mortifica tenáz,
porque en los días risueños
de la juvenil edad
es la dicha como el sol,
que, si sepulta su faz
en el ocaso, más bello
torna en Oriente á brillar.

BLANCA. En vuestra alteza, señor,
puesta mi esperanza está.
Noble soy, lloro sin honra;
de un ultraje criminal
víctima inocente, víctima
de aciaga fatalidad.
La calumnia despedaza
mi honor, su lengua mordáz
ha envenenado mi vida...
Haced vos que la verdad
resplandezca, que serena
pueda yo la frente alzar.

REY. En la justicia, señora,
de vuestro Rey, confiad.

(El Rey se dirije á su habitación. Blanca, después de un momento de vacilación, le detiene.)

BLANCA. ¡Esperad!

REY. ¿Qué?

BLANCA. No me atrevo...
no me atrevo á suplicar...

REY. ¿Qué decís?... ¿por qué turbada?...

MLANCA. Señor... sí Pedro...

REY. (Con enojo) ¿El audáz
que ofendió á su Rey... y á vos?...
¡Oh, castigado será!...

BLANCA. Señor... me juzga culpable ..
los celos ciegan... leal
siempre ha sido, y... ¡yo le adoro!
¿Qué más os diré? ¿qué más? (Con pasión.)
¡Perdonadle!

REY. (Después de un momento de duda.)
Perdonado,
que nada os puedo negar.

BLANCA. ¡Oh, gracias!

REY Mas de la corte
hoy desterrado saldrá.

BLANCA. ¡Y él partirá á su destierro, (Con amargura.)
creyendo mi liviandad!...
despreciándome!...

REY. Señora,
pronto le podréis hablar.

BLANCA. ¡Sí! si! ¡Por última vez!...

¡Oh, gracias!

REY. Se cumplirá
vuestro deseo: ¡Gastón! (Llamando.)

ESCENA II.

DICHOS.—GASTÓN.

GASTÓN. ¿Señor?

REY. Escucha.

BLANCA. Fatal
amor, huye de mi pecho:
¡déjame morir en paz!

(El Rey y Gastón hablan en voz baja breves momentos.)

REY. Cumple mis órdenes pronto. (A Gastón.)
Señora, con Dios quedad.

(Saluda á Blanca y vase á su habitación y Gastón por el fondo. Blanca queda en primer término.)

ESCENA III.

BLANCA.

BLANCA. Amaba á María... ¡sí!
¿Por qué me aflijo? ¿Por qué,
si yo misma le rogué
que me olvidase?... ¡Ay, de mí!
Mas... ¡sentir otra pasión!
maldecir las dulces horas
de mi amor!... ¡Ah! ¡y aún le adoras,
miserable corazón!
¡Y no podré quebrantar
de una calumnia las redes!...
¡Dios mío! tú solo puedes
mi inocencia revelar.
¡Ah! (Viendo aparecer á María.)

ESCENA IV.

BLANCA.—MARIA.

BLANCA. ¿Te atreves, vil mujer,
á presentarte á mis ojos,
sin temer de mis enojos
el riguroso poder?
¿Cómo pudo tal traición
abrigar tu infame pecho?
Esclava, dime: ¿qué has hecho
de mi honor y mi opinión?

MARIA. Señora...

BLANCA. ¿En qué te ofendí,
que así me heriste alevosa,
si he sido tan cariñosa,
una hermana, para tí?
¿Así pagaste, María,
de tu señora el aprecio?
¡Quizá, por infame precio
hiciste tal villanía!

MARIA. (Con altivez)
No, no fué el interés vil
el que me hizo criminal;
fué este tormento infernal
de los celos. Peio-Gil
era toda mi esperanza,
único amor de mi vida;
él os amó y ofendida
tomé tremenda venganza.
Mi celoso frenesí
me hizo bárbara y cruel.

BLANCA. ¡Quisiste vengarte de él
y me asesinaste á mí!
¿Por qué de oprobio y baldón
cubriste mi nombre, Sora?

MARIA. ¿Y por ventura, señora,
raciocina la pasión?

BLANCA. ¡Es verdad! la llama impía
de los celos también siento.

MARIA. Juzgad por vuestro tormento

cuál mi tormento sería.
Yo era buena .. fuí malvada;
os amaba y os odié ..
y os aborrezco.

BLANCA. ¿Por qué?

MARIA. Solo porque sois amada.

BLANCA. Y en tu venganza implacable,
quisiste, para que fuese
aún mayor, que él me creyese
no infelíz, sino culpable.
¡Y aun le acuso! ¡y vitupero
su dureza y su desvío!...
No considero, Dios mio,
cuál es su tormento fiero...
Me juzgó por la apariencia,
y condenóme su amor...
¿Cómo consientes, Señor,
que sucumba la inocencia?
Y Pedro vive engañado,
me desprecia y te ha querido...
¡Quién sabe si ha renacido
su funesto amor pasado!

MARIA. ¡Ah! si fuera... (Con esperanza.)

BLANCA. Y tú serás
culpable y afortunada:
yo inocente y desdichada...
¡No! ¡No es posible! ¡Jamás!
(Con acento inspirado.)
¿Tú dichosa? ¡Qué locura!
Infeliz es tu destino;
no es el crímen el camino
que conduce á la ventura.
(Con creciente entusiasmo.)
Si al realizar tu venganza
pensaste que te amaría,
Pedro, desecha, María,
tan engañosa esperanza.
No te ama, no, que en su pecho
vive mi amor... ya no dudo.
¿Cómo alucinarme pudo
un instante mi despecho?
¡Y tuve celos de tí! (Con desprecio.)

¡Yo celos!... ¡Como si fuera
una llama pasajera
su amoroso frenesí!
No es un fugaz desvarío:
ya nada se opone ahora
á mi ventura.

MARIA. (Con sombrío rencor.)
Señora,
¿nada se opone?

BLANCA. (Con desaliento.) ¡Ah, Dios mío!
¡Es verdad!... ¡qué inícua trama!
¡muere, ilusión lisonjera!
Si á lo menos él supiera...

MARIA. ¡Cielos! (Al ver a Pero Gil.)

BLANCA. ¡Pedro!

ESCENA V.

DICHAS y PERO GIL.

PERO-GIL. El rey me llama.

(Pero Gil se dirige á la habitación del Rey, Blanca le detiene y los dos quedan en primer término. María separada de ellos y en segundo término, los contempla con actitud sombría y rencorosa, sin tomar parte en la escena hasta que se indica.)

BLANCA. Escucha, Pedro, detente,
no así aumentes mi aflicción.
¿No te dice el corazón
que tu Blanca es inocente?

PERO-GIL. ¡Inocente! (Con amargura.)

MARIA. (Observándole con despecho.)
¡Aún la ama!

BLANCA. Sí.

PERO-GIL. ¡Ah! ¡Si pudiera creerte!...

BLANCA. Víctima fuí de mi suerte,
pero culpable no fuí.
Tu amor vive, vivirá
eterno en el pecho mío,
y del sepulcro sombrío

los límites salvará.
Calma de esta infortunada
el horrible sufrimiento.

MARIA. (¡Cuánto envidio su tormento!)

PERO-GIL. (¿Será verdad?)

MARIA. (¡Es amada!)

BLANCA. Quien ama...

PERO GIL. ¿Qué?

BLANCA. Tiene fé
como yo tengo.

PERO-GIL. (Dudando.) No... no...

BLANCA. ¿No viste cuán presto yo
tus ofensas olvidé?...—
Escúchame; vas á oir
la verdad... ¡verdad horrible!

PERO-GIL. ¡Habla! (Con ansiedad.)

BLANCA. (Con acento ahogado.)
Yo... (¡No me es posible
tanta vergüenza decir!)

PERO-GIL. ¡Y calla! (Pausa.)

BLANCA. (Reponiéndose.) El Rey se apiadó
de mi llanto desolado:
la vida te ha perdonado
porque tu error comprendió.

PEEO-GIL. (Con severidad.)
Bien, ¿y qué? ¿Piensas quizás
disculpar tu grave yerro?...

BLANCA. ¡Tú partirás al destierro (Sollozando.)
y no te veré jamás! ..

PERO-GIL. (¿Por qué el alma todavía
siente amor por la culpable?)

BLANCA. No me juzgues despreciable,
esto pido en mi agonía.

PERO-GIL. Yo...

BLANCA. Y si acaso en tu aflicción
recuerdas mi sufrimiento,
conságrame un pensamiento
y ten de mí compasión.
Piensa que víctima fui
de un destino riguroso;
que su diente ponzoñoso
clavó la calumnia en mí.

PERO-GIL. ¡La calumnia!
BLANCA. Sí, que excita
tu furor. Mírala atento,
(Señalando á María.)
¿no ves el remordimiento
pintado en su faz maldita?
MARIA. Señora... (Confundida.)
PERO-GIL. Explícame... (A Blanca.)
BLANCA. No;
son tales las ánsias mías,
Pedro, que tú no creerías
lo que te dijera yo.
Esa sabe la verdad,
ella ha sido la que artera...
MARIA. (Ser generosa quisiera,
mas no puedo...)
PERO-GIL. (Amenazador.) ¡Por piedad!
revela el horrendo arcano,
duélete de tanta pena,
si en ese pecho de hiena
te resta, Sora, algo humano.
MARIA. (Con frío sarcasmo, como debe decir todo lo que resta de la escena.)
Y yo, ¿qué puedo decir
ante el pesar que te embarga?
¡la verdad es tan amarga!
no quiero hacerte sufrir.
PERO-GIL. Mas...
MARIA. Olvida lo pasado...
PERO-GIL. ¡Habla!
MARIA. Y esperanza ten...
Aunque amaba á don Guillén...
BLANCA. ¡No!
MARIA. Está á muerte condenado...
Todo se olvida... ¿no es cierto?
deja escrúpulos de honor...
PERO-GIL. ¡Villana! (Con reprimida cólera.)
MARIA. Torna á su amor.
¿Quién tiene celos de un muerto?
BLANCA. ¿Qué vas á decir, infame?
MARIA. Serás su esposo y serás
feliz...

PERO GIL. ¡Oh rabia!

MARIA. Y quizás.
Conseguiras que te ame

PERO GIL. ¡Y la escucho!

MARIA. Agradecida,
si tú restauras su honor...

PERO-GIL. ¡Dí que mientes, por favor!

MARIA. Por eso pidió tu vida
al rey.

BLANCA. ¡Y puedes oir
á esa mujer!

PERO-GIL. ¡Ah, malvada!
(Dirigiéndose amenazador á María: de pronto se detiene y volviéndose á Blanca, dice:)
Dime tú que eres honrada;
te creeré.

BLANCA. (Con dignidad y profunda angustia.)
No... sé mentir.

PERO-GIL. (Con creciente fuego.)
¡Cielos, no es cierto, no es cierto
lo que escuché! ¡no es verdad!
¡Confiesa su liviandad,
y de vergüenza no ha muerto!

BLANCA. ¡Oyeme, tendré valor!

PERO-GIL. ¿Qué tengo más que saber?
¡Y ofendí por tal mujer
á mi rey y mi señor!

BLANCA. ¡Oye!

PERO-GIL (Con sombría calma.)
¡Sí, estoy satisfecho!
Sufrí porque no sabía
que tanta infamia cabía
de una mujer en el pecho.

BLANCA. ¡Ah!

PERO-GIL. (Con ira reconcentrada.)
Se mofa de mi amor...

BLANCA. ¡Pedro!

PERO-GIL. Se entrega á un villano,
y ahora quiere que esta mano
restaure el perdido honor.

BLANCA. No, Pedro, tu frenesí
calma; yo nunca pensé...

PERO-GIL. ¡Y yo á esta mujer amé!
¡Y yo por ella sufrí!
BLANCA. ¿No ves que me martirizas?
PERO-GIL. Mas ya acabó mi dolor,
que hoy arrojo de su amor
con vergüenza las cenizas.

ESCENA VI.

BLANCA y MARÍA.

BLANCA. ¡Ingrato! ¡de mi inocencia,
de mi amor dudar así!
¡Ah! ¡tú! ¡apártate de mí! (A María.)
¡Me horroriza tu presencia!

ESCENA VII.

MARÍA, sola.

¡La horroriza! ¡con razón!
soy vil; pero del culpable,
abrí una herida incurable
(Con feroz satisfacción.)
en mitad del corazón.
Ya acabó la bonancible
paz de su vida: el tormento
le matará.. ¡qué contento!
¡qué contento tan horrible!
Le aflige ese duelo eterno
que nada á curar alcanza...
¡Es un placer la venganza,
pero es placer del infierno!

ESCENA VIII

DICHA y BELTRÁN, por el foro.

BELT. ¿Sora?
MARIA. (Con sorpresa.)
¡Beltrán!
BELT. Un instante.—
En este funesto dia,

ténue rayo de esperanza
en el horizonte brilla.
Logré hablar en su prisión
á mi señor.

MARIA. Su desdicha
me conmueve.

BELT. Y él recuerda
que tu existencia peligra.
Al saberse la verdad,
la rigurosa justicia
del Rey caerá sobre tí ..

MARIA. Y, ¡qué me importa la vida!

BELT. Te prometió don Guillén
hacerte feliz y rica,
y lo cumple Me ha ordenado
que á la corte granadina
te lleve con sus riquezas;
que compartirás tranquila
con una desventurada,
que fué el encanto y delicia
de los días más hermosos
de su juventud florida.
De la hermana de Aliathar,
que olvidó por su desdicha...

MARÍA. ¿Qué dices? (Con gran interés.)

BELT. Hoy el recuerdo
en su corazón se aviva,
y remordimientos siente
por su abandonada hija...

MARÍA. ¡Dios Santo!

BELT. Zaida...

MARIA. ¡Mi madre!

BELT. ¡Tú! (Con sorpresa.)

ESCENA IX.

DICHOS.— -GASTÓN y soldados por el foro.

GASTÓN. Mientras al Rey se avisa,
que espere aquí el prisionero.
(Entra en el cuarto del Rey.)

BELT. ¡Huyamos! (A María.)

MARIA. (Resuelta.) ¡No!
BELT. ¡Ven, María!
MARIA. ¡Ya llegan!
(Vase precipitadamente por el foro. Van entrando soldados que custodian á don Guillén, Beltrán los observa y al ver aparecer á éste, dice.)
BELT. He de salvarla,
aunque me cueste la vida.

ESCENA X.

DICHOS.—DON GUILLÉN.

(Aparece por el foro abrazado á María y rodeado de soldados. Algunos de estos y Beltrán intentan separarlos.)

BELT. ¡Sígueme! (A María.)
GUILLÉN. (A Beltrán.) ¡Aparta!
MARÍA. ¡Padre!
GUILLÉN. ¿Quién se atreve
á separarla de mis brazos? Vengan
los verdugos primero...
MARIA. ¡Padre mío!
GUILLÉN. Y arranquen de mis hombros la cabeza,—
Pero, ¿es verdad?... ¡yo sueño!... ¡yo deliro!
¿Es mentida ilusión, ó dicha inmensa,
que viene, como el rayo de la aurora,
á disipar de mi alma las tinieblas?
Mas no, no es ilusión... suena en mi oído
tu dulce voz y el corazón penetra...
y tú me llamas padre .. y al oirte
estallan de placer todas mis venas.
¡Y morir! (Con desesperación.)
MARIA. ¿Qué decís?
GUILLÉN. ¡Morir ahora
que hallo este ángel!
MARIA. ¡Ah! ¡terrible idea!
GUILLÉN. ¿Por qué fuí criminal? Por que no puedo
borrar de mi pasado la siniestra
memoria?
MARIA. ¡Padre!
GUILLÉN. ¡Grande fué mi crimen!

¡El castigo es mayor! ¿Qué mayor pena
que ante los ojos de mi propia hija
culpable aparecer?

MARIA. Mi pasión ciega
al crímen dió ocasión; yo soy la causa
de vuestra muerte.

GUILLÉN. ¡No!

MARIA. !Maldita sea!

GUILLÉN. ¡No! ¿qué dices? ¡mi bien! ¡luz de mis ojos!
ven á mis brazos por la vez postrera,
y este llanto que vierto purifique
un alma que agitaron las tormentas.

MARIA. ¡Ah! sí; Dios es piadoso, padre mío.
¿Qué será de esta mísera si queda
sola con sus pasiones en el mundo?
con el remordimiento en la conciencia
de haber sido la causa del delito
que hoy al suplicio por mi mal os lleva?
¡Dios no puede quererlo! ¡Dios no quiere!
Aun espero que el Rey...

GUÍLLÉN. En vano esperas:
ni sabe perdonar ese tirano
ni yo tampoco sé pedir clemencia.

ESCENA XI.

DICHOS.—EL REY.—PERO-GIL.—GASTÓN.—Acompañamiento

GASTÓN. ¡El Rey!

GUILLÉN. ¡Ah! ¡que no me vea
llorar!
(Don Guillén adoptará una actitud altiva y digna, pero sin arrogancia. Pero Gil aparece meditabundo y sombrío: María se precipita á los piés del Rey al verle aparecer.)

MARIA. Señor, apiadáos
de mi padre.

REY. (Sorprendido.) ¿Don Guillén
es tu padre?

GASTÓN. ¡Desdichado!

PERO GIL. (Aparte al salir.)
(Dice el Rey que es inocente...)

MARIA. ¡Ah! ¡piedad!
PERO GIL. (¿Cómo dudarlo?)
MARIA. Él os implora piedad...
GUILLÉN. (Separándola del Rey.)
¡No! ¿qué dijeron tus labios?
¡Mientes!
MARIA. ¡Padre!
GUILLÉN. Su perdón
ni lo quiero, ni lo aguardo.
Fuí, y aún soy vuestro enemigo.
REY. Y fuíste y eres villano.
GUILLÉN ¡Ah! ¡vive Dios! (Colérico; María le calma.)
REY. Escuchad.
MARIA. ¡Piedad!
REY. Don Guillén, osado,
penetró, como ladrón,
en una casa...
MARIA. ¡Ah!
REY. Llegando
á mancillar de una noble
doncella el honor..
PERO GIL. ¡Malvado!
Señor, permitid ..
REY. (Muy sereno.) No hable
ante su Rey el vasallo.—
Ella acudió á mi justicia,
y justiciero me llamo:
la única reparación,
tenga su honor ultrajado.
MARIA. ¡Cielos! (Con sorpresa.)
GUILLÉN. ¡Qué! (Idem.)
REY. Del matrimonio
los indisolubles lazos
borren la afrenta que mancha
de Blanca, el blasón preclaro.
¿Qué dices? (A don Guillen. Pequeña pausa.)
MARIA. (Suplicante.) ¡Padre! por mí...
GUILLÉN. Vuestras órdenes acato,
obedezco.
PERO GIL. (Con despecho.)
¡Y él será
dichoso!

REY. Ya está esperando
del palacio en la capilla
el sacerdote.

PERO GIL. (¡Su mano,
ser de don Guillén!)

REY. (A Gastón.) Tú, avisa
á doña Blanca.

(Vase Gastón y vuelve con Blanca.)

GUILLÉN. (¡Dios santo!
¿Será posible?)

ESCENA XII.

DICHOS y BLANCA.

REY. Señora,
don Guillén, avergonzado
de su conducta, os ofrece
mano de esposo.

PERO-GIL. (¡Este pago
encuentra su villanía!)

BLANCA. Y yo... la acepto...

REY. En el acto
celébrese la nupcial
ceremònia.

PERO-GIL. ¡Estoy soñando!

GUILLÉN. Quizá vuestro amor merezca (A Blanca.)
y...

BLANCA. Yo os detesto y le amo.

(Dirígense á la puerta del fondo todos menos Pero-Gil. Este, al pasar por su lado don Guillén, le dice con acento amenazador y rencoroso:)

PERO-GIL. Os perdona el rey, mas yo
no os perdono: ¡no olvidadlo!

(María, al oir esta amenaza, se detiene y vuelve á la escena.)

ESCENA XIII.

PERO-GIL.—MARIA.

MARIA. ¡Ah! Pedro, ¡ten compasión!

PERO GIL. ¡Jamás!

MARIA. ¡Es mi padre!

PERO-GIL. ¿Quién?
¡el malvado don Guillén!

MARIA. ¡Padre de mi corazón!
No, no le nombres así
que me destrozas el pecho.
De todo el mal que te ha hecho
yo sola culpable fuí.
Apura en mí de tu rabia
el vengativo furor:
yo merezco tu rencor,
sola soy yo quien te agravia:
esta infeliz, que sufrió
tal pena, que en su locura
patria, religión, ventura,
á tu amor sacrificó.
Por tí la muerte anhelé,
maldije mi suerte esquiva...
deja que mi padre viva
y todo lo olvidaré.
Que la voz de la clemencia
temple tu justo rigor...
¡ay, Pedro! ¡sé el bienhechor
de mi infeliz existencia!...
Padre tuviste... recuerda
cuánto le amaste...

PERO GIL. ¡Oh! ¡jamás!
¡Yo perdón...!

MARIA. (Con mucha ternura.) Tú no querrás
que hoy, que le encuentro, le pierda.

PERO-GIL. En vano ruegas, en vano.

MARIA. ¿No te conmueve mi duelo?

PERO-GIL. Soy la justicia del cielo
que castiga á ese villano.

MARIA. ¡Ay, Pedro! ¡piedad!

PERO-GIL. ¡No! ¡no!
¡El... su esposo!...

MARIA. Le detesta,
á tí á lo menos te resta
saber que Blanca te amó.
En mi celosa locura,
para vengarme de tí,

yo la he calumniado: á mí
me debes tu desventura.

PERO GIL. Pero... si es Blanca inocente,
y él á su estancia llegó...
¿Cómo?...

MARIA. La puerta abrí yo.

PERO-GIL. ¡Ah! ¡venenosa serpiente! (Furioso.)
Por tí deshonrada muere
mi Blanca... tú, miserable,
fuiste...

MARIA. La sola culpable

PERO GIL. (Abalanzandose sobre María con el puñal en la mano.)
¡Muere, vil!

MARIA. ¡Ingrato, hiere!
(María le presenta el pecho. Pero Gil al herirla, se detiene en actitud desesperada. Pausa.)
Sí... hiere, tienes razón:
¡Mátame!

PERO-GIL. ¡Maldita suerte!
(Dejando caer el puñal.)

MARIA. (Con mucha pasión y amargura.)
¿Qué me importa, si la muerte
llevo ya en el corazón?

ESCENA XIV.

DICHOS y BLANCA, por el fondo.

PERO-GIL. (Corriendo á su encuentro.)
¡Vuelven!... ¡Blanca! ¡Blanca mía!
Perdóname.

BLANCA. (Muy rápido.) ¿Cómo? ¿qué?
¿Sabes?

PERO-GIL. ¿Cómo no escuché
lo que el alma me decía?...
¿Me perdonas? díme... dí...

BLANCA. ¡Y lo preguntas, sabiendo
que te amo!... Mas estoy siendo
criminal.

PERO-GIL. ¿Criminal?

BLANCA. Sí...

Ahogaré mi amor desde hoy ..
huye de aquí, Pedro... parte...
ya no me es lícito amarte,
que esposa de otro hombre soy.

PERO-GIL. Es verdad... y él. . (Con acento sombrío.)

MARIA. ¡Piedad ten!
¡Es mi padre!

PERO-GIL. (Resuelto. ¡Morirá!

MARIA. Señora, pensad que ya (Suplicante.)
vuestro esposo es don Guillén.

PERO-GIL. (Con creciente furor.)
¿Y ese será el escarmiento
de su crimen?. . cuando amante
en tus brazos...

BLANCA. Ni un instante.
Hoy entraré en un convento.

(Durante la escena que precede, habrán ido saliendo algunos caballeros del acompañamiento, y al terminar, el Rey. María observará á los que salen, como esperando á su padre, unas veces; otras tomará parte en la escena, como se indica, revelando en sus ademanes la inquietud de que está poseído su ánimo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—EL REY.—GASTÓN y acompañamiento

PERO-GIL. Señor, ¿así castigáis
el crímen? Vuestra justicia
premia la torpe malicia,
¿y justiciero os llamáis?

MARÍA. ¡No le escuchéis! (Al Rey.)

REY. (Con enojo.) ¡Insensato!
si no viese tu agonía,
castigado quedaría
tu insolente desacato.
¿Crees que flexible mi ley,
hoy se ha doblado quizás?
(Con acento terrible.)
¡Mira! y no dudes, jamás,

de la justicia del Rey.
(Abre el Rey el balcón, todos miran; movimiento general de asombro y terror. María se desmaya, Blanca la sostiene, y, poco á poco, con expresión de lástima la coloca en un sillón.)

PERO-GIL. ¡Ahorcado!
MARÍA. ¡Mi padre!
BLANCA. ¿Qué?
GASTÓN. ¡Un noble!
BLANCA. ¡Dios soberano!
REY. El obró como villano;
como á villano le ahorqué.
Fija en la memoria ten (A Pero Gil.)
mi justicia rigurosa.
Ahora puede ser tu esposa
la viuda de don Guillén.
PERO-GIL. ¡Ah!... señor... (Confuso.)
REY. Su honor manchado
limpio está.
MARÍA. ¡Fiero tormento!
REY. Y he cumplido el testamento
de su padre infortunado.
MARÍA. ¡Sed felíz!... (A Blanca.)
BLANCA. (El corazón
me parte.)
PERO-GIL. ¡Pobre María!
BLANCA. ¡Qué castigo!
MARÍA. ¡Oh, madre mía!
¡Cumplióse tu predicción!
Mas... vivir en la amargura...
¡Ah!...
(Viendo el puñal que dejó caer Pero Gil, se apodera de él rápidamente y se hiere.)
BLANCA. ¡Detente!
MARÍA. ¡Fué mi sino!
¡No es el crímen el camino
que conduce á la ventura! (Muere.)
(Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA.

23 de Diciembre de 1866.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *don M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutemberg*, calle del Príncipe, 14; de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *Escribano y Echevarría*, Plaza del Angel, 12; de *Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3 y Sres. González é hijos, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. E. Novelli*.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.